

Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia, 2007,
vol. LIX, nº 2, julio-diciembre, págs. 231-254, ISSN: 0210-4466

LAS REDES DE LA CIENCIA: LA JAE EN EL EXILIO

Consuelo Naranjo Orovio / Miguel Angel Puig-Samper

Instituto de Historia, CSIC

RESUMEN

Las relaciones e intercambios académicos con el extranjero, impulsados por los distintos centros y laboratorios creados por Junta para Ampliación de Estudios, dieron lugar al forjamiento de unas redes intelectuales que propiciaron no sólo el intercambio, el debate y la modernización de la ciencia y la cultura españolas deseadas, sino que también generaron unas plataformas que actuaron de puentes en los años siguientes a la Guerra Civil española. Las redes intelectuales ayudaron a que los hombres y mujeres, los científicos y pensadores republicanos, encontraran trabajo en otras latitudes cuando tuvieron que exiliarse.

PALABRAS CLAVE: JAE, redes intelectuales, ciencia, exilio.

NETWORKS IN SCIENCE: THE «JAE» IN THE EXILE

ABSTRACT

Junta para Ampliación de Estudios created different academic centers and laboratories in Spain. In this way, JAE helped to create a intellectual network. These centers not only blessed interchanges, debates and the modernization of Spanish science and culture, but also contributed to establish a platform that worked as a bridge in the aftermath of the Spanish Civil War. This network made possible for republican scientists and intellectuals, to find new positions abroad, when the time for exile came.

KEY WORDS: JAE, intellectual networks, science, exile.

Poco conocida es la historia que contiene las relaciones culturales y científicas propiciadas por la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas y las universidades y centros de investigación extranjeros, en particular de América Latina, desde su creación en 1907 hasta el fin de la Guerra Civil española. Una historia que dio lugar a la creación y fortalecimiento de redes culturales y científicas entre España y distintos países europeos y americanos.

Aunque la crónica de estas relaciones termina en 1939, pues ciertamente las que continúan son otras, en esta nueva etapa encontramos a muchos de los

intelectuales que en los años anteriores habían viajado a América y a varios países europeos, especialmente Francia, Gran Bretaña, Alemania, Italia y Suiza, en pos del ideal regeneracionista, impulsados, algunas veces, casi podemos decir, por un ideal mesiánico de la cultura.

La creación en 1907 de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, heredera en gran medida de la Institución Libre de Enseñanza, inauguró una etapa de desarrollo hasta entonces no alcanzado por la ciencia y la cultura española. La Junta fue el organismo que mayor impulso dio al desarrollo y difusión de la ciencia y cultura españolas a través de un programa muy activo de intercambio de profesores y alumnos y el establecimiento de becas para estudiar en el extranjero (los llamados pensionados), en un intento exitoso de salir del pesimismo decimonónico y abrirse al extranjero estableciendo un diálogo abierto con los países más modernos de Europa como el único medio de avance y progreso. En su seno se formaron y trabajaron los mejores intelectuales y científicos de España entre 1907 y 1939, además de jugar un papel decisivo en las relaciones con América Latina, potenciadas por una Real Orden promulgada el 16 de abril de 1910, por la que se apoyaba el intercambio de profesores y alumnos y la edición de obras sobre la sociedad, el pasado y la historia natural de América¹.

Santiago Ramón y Cajal, Blas Cabrera, Ignacio Bolívar Urrutia, Pío del Río-Hortega, Cándido Bolívar, Ramón Menéndez Pidal, Gonzalo R. Lafora, Julio Rey Pastor, Gustavo Pittaluga, Roberto Novoa Santos, Joaquín Xirau, Dorotea Barnés González, José Castillejo, Carmen Gómez Escolar, María de Maeztu, Rafael Altamira, Adolfo Posada, Jimena Fernández de la Vega, Tomás Navarro Tomás, Luis de Zulueta, Américo Castro, Rosa Sensat, Alberto

¹ LAPORTA, F.; SOLANA, J.; RUIZ MIGUEL, A.; ZAPATERO, V. (1980). *La Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (1907-1936)*. 4 vols. Madrid. Fundación Juan March. Inédito. LAPORTA, F.; RUIZ MIGUEL, A.; ZAPATERO, V.; SOLANA, J. (1987). «Los orígenes culturales de la Junta para Ampliación de Estudios». *Arbor*, CXXXVI/493, pp. 17-87. SÁNCHEZ RON, J. M. (coord.) (1988). *La Junta de Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas 80 años después*. 2 vols. Madrid. CSIC. CASTILLEJO, D. (ed.) (1997-1999). *El epistolario de José Castillejo: los intelectuales reformadores de España*. 3 vols. Madrid. Castalia (Vol. 1: *Un puente hacia Europa 1896-1909*. Vol. 2: *El espíritu de una época: 1910-1912*. Vol. 3: *Fatalidad y porvenir: 1913-1937*). CATALÁN, D. (2001). *El Archivo del Romancero. Patrimonio de la Humanidad*. 2 ts. Madrid. Fundación Ramón Menéndez Pidal. PUIG-SAMPER MULERO, M. A. (ed.) (2007). *Tiempos de investigación. JAE-CSIC 100 años de ciencia en España*. Madrid. CSIC. Véase también el último número monográfico dedicado a la JAE del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (2006). «En el centenario de la Junta para Ampliación de Estudios (1907-2007)», núm. 63-64.

Jiménez Fraud, José M^a Ots Capdequí, Federico de Onís... fueron algunos de los hombres que ayudaron a crear o se formaron en laboratorios y centros de la JAE. Un puñado de hombres y mujeres que colaboraron activamente en el programa de difusión cultural y científica de esta institución tanto en España como en el extranjero. Años después, muchos de ellos tuvieron que emprender un largo viaje a tierras y universidades en las que habían impartido su magisterio y en algunas de las cuales habían creado escuela y cátedras².

En el caso americano la labor de la JAE fue sumamente apoyada por las colectividades de españoles inmigrantes residentes en dichos países. Dichas colectividades no sólo colaboraron económicamente con la JAE sino que también fueron instrumentos de propaganda de la acción cultural que se proponía la JAE. Bajo el impulso del Dr. Avelino Gutiérrez, la colectividad española de Buenos Aires fue la primera en tomar la iniciativa cuando a raíz del fallecimiento de Marcelino Menéndez Pelayo propuso en 1912 realizar un ciclo de conferencias en honor al erudito español y que se creara una cátedra de cultura española en la universidad bonaerense. En 1914 la idea tomó forma con la constitución de la *Institución Cultural Española*, presidida por el Dr. Gutiérrez, cuyos objetivos eran la financiación de la cátedra de cultura española y proporcionar soporte económico a las actividades e intercambios intelectuales que la JAE había programado. La Cultural de Buenos Aires no pudo tener mejor comienzo pues fue Ramón Menéndez Pidal el invitado en el homenaje que se le brindó a Menéndez Pelayo, situación que aprovechó la directiva de la JAE para encargarle que hiciera propaganda de la institución en el continente americano. Argentina y posteriormente Chile recibieron la visita de Pidal quien utilizó el viaje para impartir conferencias y transmitir la nueva filosofía y los esfuerzos de modernización de la vida científica y cultural española que se proponía el círculo académico más destacado de España³.

² Un estudio amplio sobre las relaciones de la JAE con América es el de FORMENTÍN IBÁÑEZ, J.; VILLEGAS SANZ, M^a J. (1992). *Relaciones Culturales entre España y América: la Junta para Ampliación de Estudios*, Madrid, MAPFRE. Recientemente *Revista de Indias* ha dedicado un monográfico a estas relaciones, de manera particular a las que se desarrollaron con América Latina: NARANJO OROVIO, C. (coord.) (2007). *La Junta para Ampliación de Estudios y América Latina: memoria, políticas y acción cultural*, *Revista de Indias*, núm. 239.

³ Sobre la Institución Cultural Española de Argentina véase: LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M. (2007). «La Junta para Ampliación de Estudios y su proyección americanista: la Institución Cultural Española en Buenos Aires». *Revista de Indias* (Monográfico sobre *La Junta para Ampliación de Estudios y América Latina: memoria, políticas y acción cultural*), núm. 239, pp. 81-102. NARANJO OROVIO, C. (2007). «Los caminos de la JAE en América Latina: redes y lazos al servicio de los exiliados republicanos». *Revista de Indias* (Monográfico sobre *La*

Unos años después, en 1918, nacía la Institución Cultural Española del Uruguay, presidida por el español Manuel Serra, y con similares objetivos a la de Buenos Aires: crear una cátedra en la Universidad de Montevideo y contribuir al financiamiento de las actividades que la JAE realizara en dicho país⁴. El apoyo de estas asociaciones culturales hicieron posible los viajes de varios de los científicos e intelectuales españoles más destacados a dictar cursos y conferencias en el Cono Sur. El viaje a América se convertía en un verdadero periplo en el que los conferenciantes recorrían varios países cercanos. Desde 1914 al estallido de la Guerra Civil española fueron varios los que frecuentaron las universidades y academias de Argentina, Uruguay y en ocasiones también de Chile, entre ellos estaban Ramón Menéndez Pidal, José Ortega y Gasset, Julio Rey Pastor, Augusto Pi i Sunyer, Blas Cabrera, Adolfo G. Posada, Manuel Gómez Moreno, Gonzalo R. Lafora, José Casares, Pío del Río-Hortega, José M^a Ots Capdequí, María de Maeztu, Agustín Millares Carlo, Manuel Montoliú Togados, Amado Alonso, Claudio Sánchez Albornoz, Américo Castro, Manuel García Morente, etc.

Años después surgieron instituciones culturales u órganos similares en otros países de América como México, en donde en 1925 se creó el Instituto Hispano Mexicano de Intercambio Universitario, bajo la dirección del rector de la Universidad Nacional, el auspicio de algunos de los miembros más destacados e influyentes de la colonia de inmigrantes españoles, y el aval de intelectuales y científicos mexicanos como el Dr. Tomás G. Perrín (alumno de Ramón y Cajal), o Alejandro Quijano, director de la Academia mexicana de la Lengua, entre otros. Como en el caso de América del Sur, en muchas ocasiones se aprovechó el viaje de los profesores españoles a México para que dictaran conferencias en otros países próximos como Cuba, Puerto Rico y en

Junta para Ampliación de Estudios y América Latina: memoria, políticas y acción cultural), núm. 239, pp. 283-306.

⁴ Sobre las Instituciones Culturales Españolas véanse los siguientes trabajos: GRANADOS, A. (2007). «La corriente cultural de la JAE en México: El Instituto Hispano Mexicano de Intercambio Universitario, 1925-1931». *Revista de Indias* (Monográfico sobre *La Junta para Ampliación de Estudios y América Latina: memoria, políticas y acción cultural*), núm. 239, pp. 103-124. NARANJO OROVIO, C.; PUIG-SAMPER, M. Á. (2000). «Fernando Ortiz y las relaciones científicas hispano-cubanas, 1900-1940». *Revista de Indias*, 219, pp. 477-503. NARANJO OROVIO, C.; PUIG-SAMPER, M. Á. (2002). «Relaciones culturales entre el Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico». En: NARANJO OROVIO, C.; LUQUE, M^a D.; PUIG-SAMPER, M.A. (eds.). *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico, 1916-1939*. Madrid. CSIC-Universidad de Puerto Rico, pp. 153-189.

ocasiones Estados Unidos. Por las aulas de las universidades mexicanas pasaron Fernando de los Ríos, Blas Cabrera, Luis de Zulueta, Américo Castro, María de Maeztu, Jorge Francisco Tello y Pío del Río-Hortega. Algunos de ellos siguieron el viaje invitados por las Culturales de Cuba, cuya institución, la Hispano-Cubana de Cultura, fue creada a finales de 1926 por Fernando Ortiz, la Institución Cultural de Puerto Rico, que nació en 1928 bajo el auspicio de un grupo de la colectividad española establecida en San Juan y presidida por Rafael Fabián, o invitados por la Institución Cultural Española de Estados Unidos, fundada por la JAE en Nueva York en mayo de 1927, bajo la presidencia de Susana Huntington y la secretaría de José Padín.

La existencia de las redes culturales, formales e informales, sirvieron no sólo para acercar a España a los países que en esos momentos eran los centros de irradiación de la ciencia, sino también para reestablecer relaciones con las naciones americanas desde nuevos postulados en los que primaron la cultura y la ciencia; en este acercamiento se logró crear una comunidad científica e intelectual a ambos lados del Atlántico con intereses comunes y proyectos compartidos. Y fueron estas redes culturales, que se fueron tejiendo e institucionalizando en algunos países mediante la creación de instituciones que propiciaron y regularizaron los intercambios, las que se transformaron años después en las plataformas con las que los republicanos españoles contaron cuando tuvieron que exiliarse.

En esta nueva etapa que abre el exilio español, rebuscando las raíces de parte de los protagonistas, encontramos que muchas mujeres y hombres habían sido los artífices de las relaciones culturales que España fue creando desde principios de siglo XX con el continente americano y Europa. Aquel quehacer, en muchas ocasiones solitario, sirvió años más tarde de plataforma para el asentamiento de los refugiados españoles en instituciones que años antes les habían acogido como profesores y conferenciantes. Aquellos lazos de cultura y de amistad que a lo largo del tiempo se fueron tejiendo, aquellas cartas y telegramas de ida y vuelta que encierran parte de nuestra historia cultural, todo ello se convirtió en un lazo de solidaridad al estallar la guerra.

A pesar del cierre impuesto al Centro de Estudios Históricos (CEH) por el estallido de la Guerra Civil el 18 de julio de 1936, muchos de los miembros del Centro siguieron cultivando los estudios que habían emprendido en 1910. Las relaciones de muchos de ellos con intelectuales e instituciones del extranjero, sus investigaciones sólidas y comunes que habían alcanzado un nivel extraordinario, fueron los elementos que hicieron posible, dentro de la ruptura y el dolor, la continuidad. La tragedia truncó la historia, la ciencia, la literatura..., y las vidas de millares de personas dentro del país. Sin embargo, la labor

que sus máximos gestores habían emprendido algunas décadas atrás, hizo posible que estos hombres y mujeres, y la ciencia y la cultura en general siguieran en tierras americanas. No fue casual que ello sucediera en los países que ellos antes habían visitado y en los que habían impartido conferencias y cursos, en los mismos lugares que los intelectuales americanos habían creado instituciones similares al Centro de Estudios Históricos de Madrid como en Puerto Rico, México y Argentina. En el caso de Puerto Rico, la vinculación de Federico de Onís con el Centro madrileño y de manera especial con Menéndez Pidal, Tomás Navarro Tomás y Américo Castro, dio lugar a la creación del Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico en 1926. En su creación también fue crucial la iniciativa del rector de dicha universidad (Thomas Benner) y el impulso de Federico de Onís, quien desde 1916 fue enviado por la JAE a la Universidad de Columbia para encargarse de la cátedra de estudios y cultura hispánica. En el caso de México fue la Casa de España la institución creada con objetivos similares a los del Centro de Estudios Históricos; ambas instituciones habían mantenido unas sólidas relaciones académicas y humanas con los integrantes del CEH. En Argentina los institutos de filología iniciados por los alumnos de Pidal, como Castro, Amado Alonso o Antonio García Solalinde, como fue el Instituto de Filología de Buenos Aires nacido en 1923, recibieron durante años a los profesores españoles⁵.

Nuestra hipótesis sobre la creación de relaciones y redes intelectuales en las primeras tres décadas del siglo XX y la fuerza que tuvieron en los años siguientes a producirse el éxodo republicano español la ilustraremos a través de algunos ejemplos. Federico de Onís fue una vez más el que ayudó a que muchos de sus compañeros encontraran un acomodo en Estados Unidos y Puerto Rico. Tomás Navarro Tomás, después de permanecer durante la guerra en Valencia, se integró en la Universidad de Columbia; Amado Alonso fue profesor de Harvard a partir de 1947 tras ser destituido de su puesto en la Universidad de Buenos Aires, la docencia la compatibilizó con la dirección de *Revista de Filología Hispánica*, en Argentina, y después con la *Nueva Revista de Filología Hispánica*, del Colegio de México; Antonio García Solalinde fue profesor en la Universidad de Wisconsin, donde murió en 1937; Américo Castro fue profesor en el Instituto de Filología de Buenos Aires, en 1936, pasando

⁵ Sobre las instituciones académicas de España y América pueden consultarse los trabajos siguientes: LÓPEZ SÁNCHEZ, J. M. (2006). *Heterodoxos españoles. El Centro de Estudios Históricos, 1910-1936*. Madrid. Marcial Pons-CSIC. LIDA, C.; MATESANZ, J.A.; ZORAIDA, J. (2000). *La Casa de España y el Colegio de México. Memoria, 1938-2000*. México D.F. Colegio de México. NARANJO OROVIO, C; LUQUE, M^a D.; PUIG-SAMPER, M.A. (eds.) (2002).

tras el fallecimiento de Solalinde a la Universidad de Wisconsin, después a la Universidad de Texas, en 1939, y más tarde de la de Princeton, hasta jubilarse en 1953; Fernando de los Ríos tras abandonar su cargo de embajador en Estados Unidos, también fue acogido en la academia norteamericana.

Desde sus nuevos puestos continuaron apoyando a otros intelectuales que aún se encontraban en los campos de concentración de Francia. Uno de ellos fue Tomás Navarro Tomás, que ya se encontraba en Columbia en marzo de 1939. Desde allí escribe a Juan Ramón Jiménez —que desde Miami había iniciado una campaña de ayuda económica para los intelectuales españoles— contándole cómo se estaba organizando esta ayuda a nivel internacional a partir de la fundación de un Comité Central en París y sus delegaciones en diferentes países, y los últimos momentos que pasó con Antonio Machado.

Las cartas escritas por estos exiliados a sus colegas en diferentes países americanos transmiten la desolación y preocupación por otros compañeros aún en campos de concentración o refugiados en otros países de Europa. Américo Castro en los primeros momentos de la guerra daba cuenta del paradero de algunos: «Están en Inglaterra Castillejo, Alberto Jiménez, Luzuriaga y Prieto... En Grenoble, Ortega muy enfermo; en Francia, Sánchez Román; en París, González de la Calle y del Río-Hortega...»⁶.

Como si de un ovillo se tratase, las cartas recogidas aquí y allá nos van deshilando la red surgida desde hace años y cómo fue utilizada por los exiliados para ir situándose allá donde algún colega les ayudara. En una de estas cartas, de 1937, Américo Castro agradecía a Onís su mediación ante Fernando Ortiz, que le había invitado a ir a La Habana, así como todas las gestiones para sacar a otros intelectuales de «aquel horno». Asimismo, le comentaba la imposibilidad de lograr que Tomás Navarro Tomás abandonara España al seguir aferrado a sus tareas en Valencia, o los deseos de salir del país de Dámaso Alonso y de Claudio Sánchez Albornoz. En la correspondencia ya comentada de Federico de Onís, aquella que mantuvo con Fernando de los Ríos, se recogen los viajes a América de muchos intelectuales y científicos españoles como José Castillejo y Claudio Sánchez Albornoz, a la vez que se anunciaban las llegadas de otros como José Gaos, y se comentaba la necesidad de

⁶ La correspondencia de Federico de Onís con sus antiguos compañeros del Centro de Estudios Históricos y otros intelectuales españoles se encuentra depositada en el Archivo del Seminario Federico de Onís, en la Universidad de Puerto Rico, Río Piedras. Parte de este epistolario ha sido publicado por ALBERT ROBATTO, M. (2003). *Federico de Onís: Cartas con el exilio*. Sada, A Coruña. Edici3n do Castro.

ayudar a otros profesores como fue el caso de Odón de Buen, muy delicado tras su prisión en Mallorca⁷.

En el caso de Cuba la figura del antropólogo e historiador Fernando Ortiz fue clave en el establecimiento y normalización de las relaciones culturales entre ambos países. La creación de la Institución Hispanocubana de Cultura en La Habana en 1926, por Ortiz, con una interesante ramificación en Santiago presidida por Max Henríquez Ureña, institucionalizó estas relaciones al dotarlas de una continuidad y de un contenido científico y cultural que estaba por encima de cualquier otra consideración política, religiosa o racial⁸.

En la apertura de la Institución Hispanocubana de Cultura, Ortiz recalca cómo concebía las relaciones con España, en las que ya no tenían cabida «cantos a la raza ni al idioma, ni a la historia, ni al imperio cervantesco», sino el estímulo del trabajo cerebral y el estudio, y anunciaba también que ya se había puesto en contacto con los profesores españoles Blas Cabrera y Fernando de los Ríos, por entonces en México, para que participaran en la inauguración de la Institución Hispano Cubana de Cultura, y expresaba su intención de contar más adelante con la colaboración de Ortega y Gasset, Navarro Tomás, Marañón, Américo Castro, Pittaluga, Onís, Menéndez Pidal, etc..., no sólo para impartir conferencias y cursos en La Habana sino también para recibir a posibles becarios cubanos que se enviarían a España a perfeccionar sus especialidades. Estallada la guerra, por los salones de la Institución Hispano-Cubana de Cultura y gracias a la mediación de Ortiz, por las aulas de la Universidad de La Habana, pasaron varios exiliados: Sánchez Albornoz, Ots Capdequí, Luis Recasens, María Zambrano, Gustavo Pittaluga, Luis de Zulueta, Manuel Altola-guirre, Luis Amado Blanco y un largo etcétera. A la mediación de Ortiz también se debe la celebración en la Universidad habanera de la primera reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados, en septiembre de 1943, presidida por José Giral, de la que salió la Declaración de La Habana.

En México dos intelectuales concededores de la cultura española y de sus actores, Daniel Cosío Villegas y sobre todo Alfonso Reyes, colaborador del Centro de Estudios Históricos entre 1915 y 1923, donde además de investigar había sido profesor de literatura en los cursos de verano del Centro, estos dos

⁷ NARANJO, C.; LUQUE, M^a D.; PUIG-SAMPER, M.A. (2002). Apéndices 1 y 2. ALBERT ROBATTO, M. (2003).

⁸ FERNÁNDEZ PEQUEÑO, J. M. (2003). *En el espíritu de las islas. Los tiempos posibles de Max Henríquez Ureña*. Santo Domingo. Taurus. NARANJO OROVIO, C.; PUIG-SAMPER, M. Á. (2000). PUIG-SAMPER, M.A.; NARANJO, C. (2001). «La acogida del exilio español en Cuba: Fernando Ortiz y la Institución Hispanocubana de Cultura». En: Josef Opatrný (ed.), *El Caribe Hispano. Sujeto y objeto en la política internacional*. Praga, pp. 199-213.

mexicanos crearon en 1938 la Casa de España para albergar a los exiliados españoles. Dicha institución se transformó en el Colegio de México en 1940, recreando de alguna manera la estructura del Centro de Estudios Históricos. Allí trabajaron Rafael Altamira, Ramón Iglesia, Amado Alonso, Ignacio Bolívar, Pedro Carrasco, Rosendo Carrasco, José Gaos, José Medina Echevarría, Joaquín Xirau, entre otros. En el caso de la ciencia experimental hay que destacar la invitación, el 19 de abril de 1939, a Cándido Bolívar por parte de Cosío para que se incorporara al Departamento de Salubridad Pública de México, con objeto de que participara en la investigación de las enfermedades transmitidas por insectos, especialmente para trabajar en la lucha contra el paludismo y la oncocercosis. La invitación a Cándido Bolívar tuvo como respuesta la petición de un traslado familiar completo, que incluía a su padre Ignacio Bolívar Urrutia, hasta entonces director del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, presidente de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas —puesto en el que había sucedido a Santiago Ramón y Cajal— y maestro de toda una generación de naturalistas, así como a su discípulo Dionisio Peláez, para el que además solicitaba un puesto de ayudante en el Departamento de Salubridad Pública de México. La contestación, que llevaba la firma de Alfonso Reyes, fue afirmativa y en julio de ese mismo año de 1939 desembarcaba toda la familia Bolívar en el puerto de Veracruz, una circunstancia que favoreció notablemente la aglutinación de los exiliados españoles que trabajaban en el mundo de la ciencia⁹. Ignacio Bolívar fue inmediatamente nombrado Miembro Honorario de la Casa de España con el expreso encargo de hacer una memoria sobre el estado de los estudios de las ciencias naturales en España, en tanto que su hijo Cándido Bolívar Pieltain era considerado Miembro Especial de la misma institución, aunque recibiese su remuneración del Departamento de Salubridad Pública, una situación similar a la del doctor Isaac Costero, discípulo de Pío del Río-Hortega, que también figuraba como Miembro Especial de la Casa de España, pero recibía su salario del Hospital General.

En general la Casa de España mantuvo una estructura flexible en su apoyo a los refugiados españoles, aunque exigía una dedicación exclusiva de los considerados residentes, una situación que provocó algunos problemas con algunos médicos que fueron acusados de mantener una lucrativa actividad particular, como fue el llamativo caso del psiquiatra Gonzalo R. Lafora. En cualquier caso, los directivos de la Casa apoyaron sin reservas la colocación de los profesionales llegados a México y es necesario apuntar el ejemplo del

⁹ CASADO, S.; GOMIS, A. (1998). «Cándido Bolívar (1897-1976). Avance para una biografía pendiente». *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, vol. II, núm. 31, p. 60.

doctor Enrique Arreguín, uno de los patronos de la Casa de España, que fue especialmente activo en la colocación de los médicos exiliados, como fueron los psiquiatras Gonzalo R. Lafora, Dionisio Nieto Gómez y Federico Pascual del Roncal, el historiador de la medicina Germán Somolinos, el especialista en tuberculosis Juan Solares, el ginecólogo José Torre Blanco, el pediatra Aurelio Romeo Lozano, etc...

Asimismo la Casa de España apoyó sin reservas la actividad en los laboratorios de diferentes científicos ligados a la institución, como la de los médicos Isaac Costero, Lafora, Manuel Márquez y Manuel de Rivas Cherif en el Hospital General, Jaime Pi-Suñer en el Laboratorio de Fisiología de la Facultad de Medicina, la de Antonio Madinaveitia en la Escuela de Ciencias Químicas de la Universidad, o la de la de Francisco Giral en el Instituto de Enfermedades Tropicales.

Lo mismo ocurrió en otros países que años antes habían mantenido relaciones con España: el Instituto de Filología de Buenos Aires (presidido de forma honorífica en la década de 1920 por Ramón Menéndez Pidal, y en el que trabajaron colaboradores suyos como Américo Castro), la Universidad de Buenos Aires, el Instituto de Filología de La Plata, la Columbia University de New York, el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de Puerto Rico, creado por mediación de Federico de Onís en 1926 y apoyado en todo momento por los antiguos compañeros del Centro de Estudios Históricos cuyas clases ayudaron a dar vida al proyecto de Onís, son ejemplos en los que vemos el fruto de estas relaciones.

El caso de Puerto Rico es bastante peculiar por la intensidad de las relaciones y paradigmático. A diferencia de otros países en los que los gobiernos propiciaron la llegada de refugiados españoles en virtud de simpatías políticas y proximidades ideológicas, como fue el caso de México, o de otros en los que los gobiernos aceptaron la llegada de refugiados pensando en que sería una solución a determinados problemas, como fue el caso de Leónidas Trujillo en la República Dominicana, en Puerto Rico la llegada de los refugiados estuvo vinculada a distintos factores. Las redes tejidas previamente entre los profesores españoles y los intelectuales de la isla, la nueva valoración de la cultura española que la elite culta había hecho en las décadas anteriores, el apoyo de los gobiernos populares, los proyectos de renovación de los planes de enseñanza ideados por las autoridades universitarias, y el empeño personal de Jaime Benítez, rector de la Universidad de Puerto Rico, que supo aprovechar la experiencia y los conocimientos de los intelectuales españoles exiliados, fueron elementos claves en la acogida de los exiliados españoles.

Muchos de los filólogos españoles que desde la década de 1920 habían ido anualmente a Puerto Rico a impartir clases de cultura y literatura española,

primero a los cursos de verano y posteriormente al Departamento de Estudios Hispánicos de esta universidad, fueron acogidos tras 1939. Otros, gracias a la mediación de Onís, pasaron a Estados Unidos: Tomás Navarro Tomás, Américo Castro, Antonio García Solalinde, Pedro Salinas, Amado Alonso, Samuel Gili Gaya, etc.

Las aulas universitarias de Puerto Rico se beneficiaron del magisterio de los profesores, científicos y humanistas, refugiados españoles. Aunque el exilio no fue muy numeroso, su presencia fue significativa ya que se produjo en unos momentos en los que se procedía a la renovación de algunas facultades y estudios, y a la implantación de algunas disciplinas, sobre todo en las áreas de ciencias. Asimismo, hay que señalar que en el caso de esta Universidad, encontramos muchos intelectuales que impartieron sus enseñanzas sólo de manera temporal. En muchas ocasiones, la Universidad sirvió como «tabla de salvamento» para estos hombres y mujeres que fueron cubriendo necesidades a través de conferencias, cursos, seminarios aquí y allá, además de los que fueron contratados en calidad de profesores. La cordialidad y la buena disposición de los profesores y autoridades académicas de la isla respecto a los republicanos españoles son manifiestas en todo momento, tratando de solucionar cualquier impedimento o problema burocrático o financiero que se presentara. Federico de Onís, desde su posición y prestigio en Estados Unidos, y en Puerto Rico, Jaime Benítez desde el Rectorado de la UPR y Sebastián González García desde el Decanato de la Facultad de Humanidades de la misma universidad consiguieron crear las condiciones necesarias para invitar y cobijar a un número muy destacado de intelectuales españoles refugiados, no tanto en cuanto a su número —ya que el total de los refugiados que permanecieron en la isla no sobrepasó la centena— como por el interés que despertaron sus trabajos y enseñanzas dentro de la Universidad.

Sebastián González García, Javier Malagón, María Zambrano, Juan Ramón Jiménez, Jorge Enjuto, Francisco Ayala, Pedro Salinas, Alfredo Matilla Jimeno, José M^a Ots Capdequí, Carlos Marichal y Aurelio Matilla son algunos de los humanistas que frecuentaron las aulas puertorriqueñas. También merecen particular atención y estudios futuros el quehacer de algunos de los médicos y científicos asilados en la isla. Aunque mucho menos conocidos, Puerto Rico recibió un importante grupo de científicos españoles en 1939, compuesto fundamentalmente por médicos, muchos de ellos psiquiatras. La escasez de médicos en la isla, como apunta Francisco Giral, aumentó el interés de las autoridades por acoger a este grupo e invitar a otros médicos exiliados residentes en otros países americanos. Su quehacer contribuyó no sólo al avance de la investigación, sino también a la creación de la Facultad de Me-

dicina en la Universidad de Río Piedras. Valga recordar a médicos de la talla de Emilio Morayta Núñez, Rafael Troyano de los Ríos, José Manuel García Madrid, Carlos S. Gubern Puig, Víctor Cuquerella, Honorato Estella Entralgo, Angel V. Rodríguez Olleros, Ruperto Varela Canosa, José A. García Gellarza, Juan Marcelino Pascua Martínez, entre otros. También se asilaron en Puerto Rico otros científicos, químicos y matemáticos como el conocido Honorato de Castro, que más tarde pasaría a México.

En Europa, uno de los casos más interesantes es el de Gran Bretaña, donde la JAE también había mantenido contactos con medios intelectuales y científicos. Por los salones de la Residencia de Estudiantes, institución creada por la Junta en 1910, centro de irradiación de cultura y de reunión de las vanguardias artísticas, desfilaron no sólo poetas, pintores, historiadores o dramaturgos, sino también otros especialistas de otras ramas de la ciencia, invitados por la Sociedad de Cursos y Conferencias, o el Comité Hispano-Inglés, entre otros. Asimismo, sede de los cursos de verano, la Residencia recibió a un gran número de estudiantes extranjeros (norteamericanos, franceses, ingleses, británicos, suizos y alemanes fundamentalmente) que se beneficiaron del magisterio de los especialistas en cultura e historia de España. Dichos cursos se ampliaron a otros meses del año en el Centro de Estudios Históricos a partir de 1914. Asimismo, desde este Centro la JAE organizó cursos de enseñanza de español para extranjeros cuyos alumnos fueron posteriormente profesores de español (denominados repetidores) en instituciones académicas extranjeras en las que también acudían a clases donde completar su formación. Aunque el envío de estos repetidores se inició casi desde el comienzo de la JAE, su formalización no se produjo hasta años después, por ejemplo en el caso de Francia el acuerdo para el intercambio de repetidores se firmó en 1913; con Gran Bretaña el convenio llegó en 1920. Lector en este país fue por ejemplo Dámaso Alonso, lector hasta 1933 en la Universidad de Oxford. En este año fue sustituido en el puesto por uno de los becarios del Centro de Estudios Históricos, Enrique Moreno Báez. A él, como a tantos otros, este trabajo y sus contactos, le posibilitaron su permanencia después del 36. Enrique Moreno se trasladó en 1939 de Oxford a Cambridge y en 1944 al King's College de la Universidad de Londres.

Respecto al Comité Hispano-Inglés, creado en Madrid en 1923, a través de las conferencias que organizó se propició el intercambio de alumnos de ambos países. Buena parte de sus actividades las desarrolló en la Residencia de Estudiantes, en cursos y conferencias, que completaban la carrera universitaria de los estudiantes dándoles a conocer y poniéndoles en contacto con los científicos e intelectuales europeos más importantes del momento. Muchas de las conferencias impartidas en este comité versaron sobre los grandes descu-

brimientos geográficos: Hamilton Rice (Guayana); Marques de Zetland (India); Francisco Iglesias (expedición frustrada al Amazonas); Berthram Thomas (Arabia); junto a éstos desfilaron por los salones destacados egiptólogos y arqueólogos como Horward Carter; Francois Lantier; Ernst Kühnel, o el economista Keynes, entre otros.

Otro tema interesante que queremos plantear, muy relacionado con lo que estamos tratando, es la recomposición de la ciencia y de la cultura en el exilio. En la ruptura, Federico de Onís y Tomás Navarro Tomás desde la Universidad de Columbia se esforzaron en que la obra intelectual desarrollada por el Centro de Estudios Históricos tuviera una continuidad. Tanto Onís como Tomás Navarro se dieron a la tarea de reformar la *Revista Hispánica Moderna*, del Instituto de las Españas, en una publicación más amplia que cubriera los aspectos que abarcaba la desaparecida *Revista de Filología Española* que editaba el Centro de Estudios Históricos. Es más, Onís pensó incluso en volver a crear el Centro de Estudios Históricos en el exilio, en Buenos Aires, México, Cuba, Chile, Colombia, Estados Unidos. En Buenos Aires, La Habana y Nueva York estarían la dirección y secretaría del Centro. Junto a esta idea también se barajó la de fundar una cátedra para profesores españoles en Estados Unidos y diferentes países latinoamericanos.

Nacida para salvaguardar la cultura española en el exilio, la Junta de Cultura Española se reconstituyó en México con José Bergamín como presidente y Juan Larrea como secretario, y contaron con un órgano de propaganda *España Peregrina*, iniciada en México en 1940. En ese mismo año crearon la editorial Séneca, dedicada a libros de ciencia y de cultura, editando también libros escolares que eran material de trabajo en los colegios creados por los refugiados españoles como el Colegio Luis Vives, Colegio Madrid, etc..., que fueron también empresa de la Junta de Cultura Española.

Desde la ciencia el proyecto de mayor éxito para lograr aglutinar a los exiliados fue la creación de la revista *Ciencia*. Cuatro de estos científicos, que estaban íntimamente ligados a la Casa de España en México, Ignacio Bolívar Urrutia, como director, y Cándido Bolívar Pieltain, Isaac Costero y Francisco Giral, como redactores principales, fueron los que llevaron a cabo la empresa editorial e investigadora que entrañó la creación en 1940 de la revista *Ciencia. Revista hispano-americana de Ciencias puras y aplicadas*.

El 1 de marzo de 1940 aparecía el primer número de esta revista publicada por la editorial Atlante. En su primer consejo de redacción, a pesar de que el número de los exiliados residentes en México, y de manera especial de médicos y biólogos, era muy elevado, en él figuran también nombres de científicos españoles de distintas disciplinas, que residían en diferentes lugares, junto al

de otros científicos latinoamericanos. Componían este consejo de redacción hombres como José Giral, Gonzalo R. Lafora, Antonio Madinaveitia, Manuel Márquez, José Andrés Oteyza, José Puche, Enrique Rioja Lo-Bianco, residentes en México; Pedro Domingo Sanjuán exiliado en Cuba; Rafael Lorente de No y José F. Nonidez, en Estados Unidos; José Cuatrecasas, José Royo y Gómez y Antonio Trías, residentes en Colombia; Arturo Duperier y Pío del Río-Hortega en Inglaterra; Enrique Moles y Manuel Martínez Risco en Francia; Ángel Cabrera en Argentina; Bernardo Giner de los Ríos y Juan Gómez Menor en la República Dominicana; Miguel Prados Such en Canadá; José Sánchez Covisa, Augusto Pi i Sunyer y Amós Salvador en Venezuela, etc.

En cuanto a su estructura, la revista *Ciencia* estaba dividida en distintas secciones: *La Ciencia moderna*, donde pretendía dar a conocer artículos redactados por especialistas que trataran temas científicos de actualidad; *Comunicaciones originales*, que contenía noticias referentes a novedades científicas; la sección de *Noticias*, en la que se daba información sobre el movimiento universitario, académico y científico internacional, incidiendo en el mundo hispano-americano; *Ciencia aplicada*, y *Miscelánea*. A estas cinco secciones les seguían otras de carácter bibliográfico denominadas *Libros nuevos* y *Revista de revistas*. En esta última se reseñaban los estudios recientes que tuvieran mayor interés para la revista *Ciencia*.

En el editorial, fechado el 15 de febrero de 1940, aparece la «Presentación» de esta revista, realizada por su director Ignacio Bolívar, quien aún firmaba como director del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid. En dicha presentación se describen los objetivos de la nueva publicación, destacándose la intención de difundir e incrementar el interés por las ciencias en los países hispano-americanos. Asimismo, proseguía Bolívar con una declaración de intenciones que presentaban a la revista *Ciencia* como lo que llegó a ser, una publicación en la que el exilio y también la comunidad científica internacional volcó sus conocimientos, dando a conocer los progresos y métodos que tuvieran una utilización práctica e inmediata, y que contribuyeran al desarrollo de industrias.

Por otra parte, se pretendía que la revista no fuera sólo de interés para la comunidad científica, sino que abarcara a un público mayor: «Contribuirá también a elevar el nivel de la cultura pública, en cuanto a lo relacionado con las Ciencias físico-naturales, exponiendo, en lenguaje para todos comprensible, el estado de los problemas de general interés que toda persona ilustrada debe conocer».

En cuanto a su posible impacto en el mundo científico español, Francisco Giral comenta que del primer número de la revista se enviaron 500 ejempla-

res a España y se recibieron peticiones de suscripciones, pero las autoridades franquistas prohibieron inmediatamente su distribución, por lo que al intentar enviar el tercer número la Administración mexicana de correos les comunicó el oficio de su correspondiente en España que denegaba la entrega de ejemplares. El propio Giral interpretaba así esta circunstancia:

«...el hecho de ver reunidos tantos nombres de la ciencia española exiliada trabajando y publicando desde México en colaboración con una selecta y numerosa lista de científicos hispanoamericanos parece que fue resentido por las autoridades tiránicas franquistas como una agresión peor que los ataques militares»¹⁰.

En la fundación de la nueva revista científica del exilio español hay que destacar la fuerte personalidad de su principal promotor, Ignacio Bolívar Urrutia. Las palabras de sus colaboradores en la revista *Ciencia*, Isaac Costero, Francisco Giral y Enrique Rioja, en el número 9, con motivo del cumpleaños del maestro, resumen brevemente el perfil personal del fundador de la revista:

«El día 9 de noviembre cumple noventa años nuestro Director, don Ignacio Bolívar Urrutia. Sus amigos los científicos e investigadores americanos, sus compañeros y discípulos que antes trabajaron en España y ahora mantienen vivo en América el progreso de las Ciencias Naturales, hubieran deseado con entusiasmo hacer de ese aniversario un motivo de respetuoso homenaje para el sabio entomólogo español, a cuyo nombre se asocian desde hace seis décadas, los mejores avances realizados por los estudios científico-naturales en España.

Pero con su ejemplar y reconocida modestia, don Ignacio Bolívar aconsejó que no se llevara a cabo ese homenaje,

« (...) La triste situación del mundo en guerra ha quebrado la bella continuidad del progreso científico y la cordialidad entre las naciones. Muchos de los científicos e investigadores más distinguidos viven hoy fuera de su país, alejados de sus centros de trabajo, de los seminarios y laboratorios donde dejaron lo mejor de su vida. Otros han visto truncada su labor creadora por motivos ajenos a toda consideración científica, y en el mejor de los casos, están incomunicados de sus colegas del mundo entero.

Para todos ellos y para cuantos creemos con firmeza en el definitivo triunfo de la cultura, la figura de don Ignacio Bolívar aparece como un símbolo vivo del investigador que frente a la adversidad y a todo género de amarguras, y luchando con la edad, ha sabido mantener su prestigio científico, su dignidad intachable y su

¹⁰ GIRAL (1994), p. 42

limpia e indiscutible conducta; como un signo, también, de que a pesar de las desgracias sufridas, la mayor parte de la escuela naturalista española, creada por el maestro don Ignacio Bolívar, se ha salvado de la destrucción y mantiene con toda fe sus actividades, incorporadas, para bien de todos, a la vida científica hispanoamericana»¹¹.

Cuatro años después, el segundo director de la revista *Ciencia*, el físico Blas Cabrera¹², daba a conocer el fallecimiento de Ignacio Bolívar el 19 de noviembre de 1944 y explicaba las razones de la fundación de este medio de expresión de la ciencia española en el exilio:

«Rememorando los días ya lejanos en que prestó todo el fuego de su entusiasmo y actividad a la fundación de los *Anales* de la Sociedad Española de Historia Natural, consideró que debía llenar la última época de su vida, correspondiendo al afecto con que había sido recibido en esta Nueva España, levantando el prestigio de los españoles todos: lo mismo los que llegaban de Europa que los que habían creado los jóvenes pueblos americanos, dando vida a un nuevo órgano de publicidad para su obra científica que todos pudieran considerar como propio y el mundo entero mirase con respeto y acogiese con interés creciente. A pesar de los achaques que había acumulado su larga vida de trabajo, el entusiasmo sostuvo su actividad, dándole las fuerzas necesarias para comunicar a los hombres más jóvenes que se agrupaban a su vera, buscando la inspiración y el calor recibido con el fecundo influjo de su actividad intelectual, que conservó siempre, su vigor constructivo»¹³.

Sobre sus últimas actividades en España, el médico Manuel Márquez, que en México presidía el Ateneo «Ramón y Cajal», recordaba cómo Bolívar había dirigido las últimas actividades de la Junta para Ampliación de Estudios hasta el último momento:

«Cuando, a fines de 1936, por causa de la guerra de España, el Gobierno de la República se trasladó a Valencia, se reconstituyó la Junta con algunos de los vocales que allí estábamos, más otras personas que fueron designadas por el señor Subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública, don Wenceslao Roces, de acuerdo a nosotros. Yo fui honrado entonces con la designación de Presidente, pues don Ignacio Bolívar se hallaba reponiendo su salud en el mediodía de Francia. Mas al regresar éste a Valencia, puse inmediatamente el cargo a disposición del señor Ministro para que éste lo restituyese a quien en justicia correspondía, es decir, a don Ignacio

¹¹ *Ciencia* (1940), vol. I, núm. 9, p. 385.

¹² Sobre la interesante vida y obra de Blas Cabrera, probablemente el mejor físico español de todos los tiempos, pude verse GÓNZALEZ DE POSADA, 1994.

¹³ *Cienci*, (1945), vol VI, núm. 1, p. 1.

Bolívar, quedando yo de Vicepresidente. En esta nueva etapa de la Junta, la constituyeron, además, los eminentes profesores señores Navarro Tomás, Santullano y Puche, Rector este último de la Universidad de Valencia; Victorio Macho, nuestro glorioso escultor; don José Moreno Villa, nuestro también eminente escritor, y el ilustre poeta don Antonio Machado. Después, en Barcelona, se nos unieron aun otras personas, como el eminente filósofo don Joaquín Xirau, Decano de Filosofía y Letras; el ilustre polígrafo don Pompeyo Fabra; el delicadísimo poeta don Carlos Riva; el sabio historiador señor Rubió; el ilustre fisiólogo don Augusto Pi y Suñer, que ya era antiguo miembro de la Junta, y el sabio paleógrafo y filólogo don Agustín Millares. La Junta, siempre presidida por don Ignacio Bolívar, siguió trabajando hasta que salimos todos de España...»¹⁴

Otro de los grandes biólogos que aparecerá en estas primeras páginas de la revista española en el exilio es Odón de Buen, que firmaba como catedrático jubilado de Biología general en la Universidad de Madrid y ex director del Instituto Español de Oceanografía, y que poco después fallecía en México dejando una impresionante obra científica, cuya continuidad quedó en manos de su antiguo colaborador José Giral y sobre todo en las de sus hijos Rafael y Fernando de Buen¹⁵.

En cuanto a las noticias del exilio, *Ciencia* informaba, en los números de 1940 y 1941, de la inauguración de los nuevos laboratorios para investigaciones científicas en la Escuela de Medicina, costeados por el Colegio de México y la Institución Rockefeller —representados en la inauguración por Alfonso Reyes y George C. Payne respectivamente—, que constarían de tres secciones. La de Neurología encargada a Gonzalo R. Lafora, la de Histopatología y Cultivo de Tejidos a Isaac Costero, y la de Fisiología a los doctores Rosendo Carrasco Formiguera y Jaime Pi i Sunyer, siendo todos ellos dirigidos por Ignacio González Guzmán. Asimismo la revista comentaba el nombramiento como vicepresidente de la Sociedad Mexicana de Historia Natural de Cándido Bolívar Pieltain, quien además formaba parte de un nuevo grupo entomológico que se había constituido en la ciudad de México, y también integrado por Enrique Rioja, Federico Bonet —recién nombrado jefe del departamento de Zoología de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas (IPN)— y Carlos Velo. Asimismo se hacía eco del nombramiento como profesores en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional de varios exiliados españoles entre los que se encontraban Pedro Armillas y Juan Comas

¹⁴ *Ciencia* (1945), vol. VI, núm. 3, pp. 98-100.

¹⁵ La necrología, firmada por Cándido Bolívar, aparece en *Ciencia*, vol. VI, núms. 7-9, pp. 310-312. Asimismo se recoge la noticia del homenaje póstumo de la Unión de Profesores Universitarios Españoles y el Ateneo Ramón y Cajal en el mismo número, p. 275.

Camps, en el Departamento de Antropología, Cándido Bolívar Pieltain, Bibiano F. Osorio Tafall, Enriqueta Ortega Feliú, Adela Barnés y Francisco Giral en el Departamento de Biología. Se informaba también de la inauguración del Instituto de Química que el Colegio de México ofrecía a la Escuela de Ciencias Químicas de la Universidad Nacional, que sería dirigido por Antonio Madina-veitia, antiguo catedrático de Química orgánica de la Universidad de Madrid, con objeto de ofrecer el doctorado en Ciencias a los alumnos ya licenciados en cualquiera de las tres ramas de la Escuela: Ingeniero químico, Químico y Químico farmacéutico biólogo. Asimismo la revista *Ciencia* daba a conocer los cursos del Colegio de México para 1941, en los que participarían José Giral (Química), Ignacio González Guzmán (Fisiología), y Germán García (Cancerología) en la Universidad Michoacana de Morelia; Pedro Bosch Gimpera (Antropología) en la Universidad de Guadalajara; Jaime Pi i Sunyer (Fisiología) en Monterrey; Germán García (Cancerología) y Fernando Orozco (Química) en la Universidad de San Luis Potosí y Cándido Bolívar Pieltain (Ciencias Naturales) y Pedro Carrasco (Física) en el Colegio de Estudios Superiores de Guanajuato.

Un año después *Ciencia* se hacía eco del nombramiento del profesor Manuel Márquez, antiguo decano de la Facultad de Medicina de Madrid, como miembro de honor de la New York Society for Clinical Ophthalmology, así como del de Gonzalo R. Lafora como socio honorario de la American Neurological Association de Nueva York, y de la concesión del doctorado *honoris causa* por la Universidad de La Plata (Argentina) a Pío del Río-Hortega, por sus importantes descubrimientos en el campo de la Histología. La revista daba además a conocer a sus lectores la llegada a la capital de México, para fijar aquí su residencia, de Victoriano Acosta, profesor de Otorrinolaringología en la Universidad de Madrid, y de Blas Cabrera, antiguo director del Instituto Nacional de Física y Química de Madrid, que poco después era nombrado profesor de Física Atómica e Historia de la Física en la Universidad Nacional de México. En este capítulo de nombramientos cabe destacar también el de Cándido Bolívar Pieltain como Entomólogo de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional, una institución de vital importancia para el ejercicio profesional de los biólogos españoles en el exilio y en la que este año dio algunas conferencias el fisiólogo Augusto Pi i Sunyer, director del Instituto de Medicina Experimental de Caracas. Asimismo, se daba cuenta del nombramiento de José Cuatrecasas, antiguo director del Real Jardín Botánico de Madrid, como director de la Escuela Superior de Agricultura Tropical en Cali (Colombia).

La revista informaba también de la designación por la Asociación de Profesores Universitarios Españoles en México del profesor Bosch Gimpera, antiguo rector de la Universidad de Barcelona, como representante en la Segunda Confe-

rencia Americana de Comisiones de Cooperación Intelectual, reunida en La Habana en noviembre de 1941. En lo que se refiere a la actividad investigadora, la revista *Ciencia* daba a conocer el nuevo *Boletín* del Laboratorio de Estudios Médicos y Biológicos de la Escuela Nacional de Medicina, creado bajo los auspicios del Colegio de México, bajo la dirección del Dr. I. González Guzmán, y en el que ya habían colaborado Isaac Costero, Sixto Obrador, Dionisio Nieto, Jaime Pi i Sunyer, M. Rivas Cherif, etc... Asimismo, comentaba la creación de un Laboratorio de investigaciones histopatológicas en los locales de la Institución Cultural Española de Buenos Aires, bajo la dirección de Pío del Río-Hortega, quien contaría con la ayuda de ocho médicos y biólogos y publicaría los resultados en una nueva revista trimestral. El último número de 1942, aparecido en mayo del año siguiente, comunicaba la creación en México del *Ateneo Ramón y Cajal* como asociación médica hispano-mexicana, bajo la presidencia del Dr. Manuel Márquez y con la ayuda en la secretaría del Dr. Julio Bejarano. El nuevo Ateneo prepararía conferencias de carácter médico y entre sus finalidades figuraría la defensa, continuidad y difusión de la ciencia médica española y el posible auxilio a los médicos exiliados en Francia y Marruecos. Precisamente, entre las conferencias dadas en México en diciembre se encontraban las de Emilio Mira, neuropsiquiatra español entonces exiliado en Buenos Aires.

Entre las visitas de científicos exiliados en otros países a México, *Ciencia* destacaba las de Augusto Pi-Suñer, exiliado en Venezuela y de Honorato de Castro, procedente de Puerto Rico, del Dr. Ángel Rodríguez Olleros, antiguo profesor auxiliar de Terapéutica en la Facultad de Medicina de la Universidad de Madrid y ahora exiliado también en Puerto Rico, la del profesor Durán Reynals, descubridor del *factor de difusión* y uno de los investigadores más distinguidos en problemas de cáncer experimental, que ejercía como profesor en la Universidad de Yale, y la del médico Gustavo Pittaluga, residente en La Habana y hasta este mismo año presidente de la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero. En 1939 se había constituido en París la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero bajo la Presidencia de Gustavo Pittaluga y, en calidad de tal, actuó en Cuba ante las autoridades académicas a fin de conseguir apoyo y financiación para realizar una reunión de un grupo de destacados Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero¹⁶. *Ciencia* in-

¹⁶ Tras crearse en París la Unión de Profesores Universitarios Españoles en el Extranjero, en México se fundó una sección de la misma. Años más tarde, después de celebrarse la Primera Reunión de Profesores Españoles Emigrados en La Habana, se acordó trasladar su sede a México. *Libro de la Primera Reunión de Profesores Universitarios Españoles Emigrados* (1944). La Habana, Talleres Tipográficos «La Mercantil».

formó del desarrollo de esta reunión que finalizó con la conocida «Declaración de La Habana», realizada bajo la presidencia de honor de Rodolfo Méndez Peñate, rector de la Universidad de La Habana, e Ignacio Bolívar Urrutia, como presidente de la Sección de México de la Unión de Profesores Universitarios Españoles. Entre los destacados asistentes figuraron José Giral, Mariano Ruiz Funes, Joaquín Xirau, Pedro Bosch Gimpera, Manuel Pedroso, José de Benito, Francisco Giral y Cándido Bolívar por México, Demófilo de Buen, por Panamá, Luis de Zulueta y Antonio Trías por Colombia, Fernando de los Ríos y Alfredo Mendizábal por Estados Unidos, Augusto Pi-Suñer por Venezuela y María Zambrano, Gustavo Pittaluga, Félix Montiel y Paulino Suárez por Cuba¹⁷.

De las noticias sobre otros medios de expresión de los refugiados españoles hay que destacar las referidas a la creación de los *Anales de Medicina del Ateneo Ramón y Cajal*, que comenzaron su andadura a finales de 1943 con un número especial dedicado a Santiago Ramón y Cajal, en el que participaron entre otros Manuel Márquez, J. Bejarano, M. Martínez Báez, T. G. Perrín, A. Zozaya, B. Cabrera, J. Puche e I. Costero. En su secretariado de redacción se encontraban los médicos españoles Julio Bejarano, Isaac Costero, Joaquín D'Harcourt, Jacinto Segovia, junto a otros colegas mexicanos.

La muerte de Blas Cabrera, el segundo director de la revista *Ciencia* marcará una etapa en la vida de la publicación. Antonio Madinaveitia, su colaborador en el Instituto Nacional de Física y Química (Fundación Rockefeller) en Madrid, fue el encargado de comentar su labor en el exilio, tras relatar su trayectoria en España, sus distinciones internacionales y sus relaciones científicas anteriores con América, ya que en 1920 había ido a dar un curso a Buenos Aires y Montevideo, invitado por la Sociedad Cultural Española, que entonces presidía el Dr. Avelino Gutiérrez, en 1926 había marchado a México al mismo tiempo que Fernando de los Ríos, a dictar varios cursos de conferencias, invitados por la Sociedad Española de Relaciones Culturales, que presidía D. Adolfo Prieto, y más tarde fue a Cuba:

«Cuando estalló la sublevación fascista, D. Blas, ya no joven, consideró que no podría continuar trabajando en Madrid y se fue a París a ocuparse más asiduamente de su cargo de Secretario del Bureau internacional de pesas y medidas que desempeñaba ya hacía algunos años; sus trabajos de investigación los prosiguió en los laboratorios de la Escuela Normal de Sèvres. Terminada nuestra guerra civil allí con-

¹⁷ NARANJO OROVIO, C. (1988). *Cuba, otro escenario de lucha. La Guerra Civil y el exilio republicano español*. Madrid. CSIC, pp. 178-182.

tinuaba, pero vino la guerra europea y después de haber ocupado los alemanes París, recibieron una cariñosa indicación del Gobierno de Franco por la que le hicieron dimitir de su cargo.

Vino entonces a México, ya viejo y muy agotado, más que por la edad por un trastorno del sistema nervioso, que tenía desde 1918. Durante la epidemia mundial de gripe sufrió un ataque de encefalitis letárgica, del que le quedaron lesiones que se fueron agravando hasta producir su muerte.

A pesar de su estado tuvo aún bríos en México para continuar trabajando, fue acogido con cariño en el Instituto de Física de la Universidad Nacional, donde además recibió ayuda de la Fundación Rockefeller para establecer un taller en el que pudiera construir los aparatos necesarios para sus investigaciones.

Deja D. Blas una labor física importante, y además pudo tener la satisfacción de ver reunidos en su laboratorio un grupo de jóvenes investigadores, unos formados por él desde el comienzo, otros que encontraron en su laboratorio el apoyo y la dirección necesarios para sus investigaciones. Este grupo de hombres jóvenes comenzaba a crear la física española, y lo hubiera logrado de no haber sido por la guerra. Para no citar más que algunos nombres, recordaré a Catalán, bien conocido por sus teorías sobre las líneas espectrales; Julio Palacios, especializado en difracciones de rayos X; Martínez Risco, Duperier, Velasco, Juan Cabrera, todos ellos profesores universitarios; su hijo Nicolás, que ha continuado trabajando en el Bureau de pesas y medidas; Santiago Piña, nuestro mejor analista espectral, muerto trágicamente durante la represión, un año después de la guerra»¹⁸.

En estos primeros años de la revista *Ciencia* las noticias insistieron en la recreación de laboratorios e instituciones por los profesores y científicos españoles, especialmente en México. La presencia de los científicos españoles del exilio quedaba reflejada, como una pequeña muestra, al dar a conocer los laboratorios de la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del IPN, entre los que se encontraban uno de Botánica dirigido por Enriqueta Ortega, el de Entomología general y médica, por Cándido Bolívar, Fisiología general y vegetal, Manuel Castañeda Agulló, Parasitología, Dionisio Peláez y Zoología y Anatomía comparada, Federico Bonet Marco. Asimismo, en el Instituto de Biología de la Universidad Nacional encontramos a Faustino Miranda al frente del laboratorio de Criptogamia y a Enrique Rioja en el de Hidrobiología. En 1946 se comentaba el traslado del Dr. Rafael Méndez, antiguo catedrático de Farmacología en Cádiz, desde la Universidad de Harvard al Instituto Nacional de Cardiología de México, que además en esos días y gracias a los donativos del industrial español Manuel Suárez y de la Fundación Rockefeller abría un nuevo Laboratorio de Fisiología y Farmacología.

¹⁸ *Ciencia*, vol. VI, núms. 7-9, pp. 241-242.

Desde un punto de vista más político, encontramos también información referente a otras actividades de estos intelectuales, como la constitución de la «Unión de Intelectuales Españoles en México», el 21 de julio de 1947, cuya finalidad era la de colaborar en la lucha por la liberación de España y particularmente con la «Unión de Intelectuales Libres» que se había creado dentro de la península. Entre otros apoyaban la iniciativa Héctor Pérez, Carlos Chávez, Alfonso Reyes, Enrique González y Manuel Martínez Báez, entre los mexicanos y los españoles José Giral, Manuel Márquez, Pedro Bosch Gimpera, Honorato de Castro, que actuaría como presidente, Isabel O. de Palencia, Mariano Ruiz-Funes, Luis A. Santullano, José Moreno Villa, J. D. García Bacca, Francisco Giral, Wenceslao Roces, Max Aub, José L. de la Loma, M. de Rivas Cherif, etc., algunos de ellos ligados directamente a la revista *Ciencia*.

Entre los momentos de gloria para los miembros de la colectividad científica exiliada cabe destacar el nombramiento de Cándido Bolívar Pieltain como nuevo presidente de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, un hecho que el director de *Ciencia* interpretó como una muestra de solidaridad de los naturalistas mexicanos hacia los españoles, quienes por otra parte habían participado de las actividades de la Sociedad desde el primer momento del exilio. Hay que mencionar también el nombramiento del profesor Bosch Gimpera como director de la sección de Humanidades y Filosofía de la UNESCO, a propuesta de su director, Julian Huxley, así como el de Cándido Bolívar como Consejero científico para la Conferencia del Instituto Internacional de la Hilea Amazónica, el de Faustino Miranda para la creación de un Museo, Herbario y Jardín Botánico Tropical en Chiapas y el del Dr. José Goyanes Capdevila, antiguo director del Instituto del Cáncer de Madrid, como nuevo miembro de la Academia Mexicana de Cirugía. Asimismo, el Dr. Bernardo A. Houssay, miembro del Consejo de Redacción de la revista *Ciencia* desde 1940, recibió el Premio Nobel de Medicina de 1947, por sus estudios sobre el metabolismo de los hidratos de carbono en relación con el lóbulo anterior de la hipófisis.

Terminaba la primera década de esta revista, órgano del exilio científico español con la incorporación al Consejo de Redacción de Severo Ochoa, que pocos años después recibiría el Premio Nobel de Medicina y se convertiría en la figura científica española de referencia tras Santiago Ramón y Cajal, el ídolo de nuestros científicos exiliados.

A modo de conclusión hay que decir que las relaciones e intercambios desarrollados en estos años mediante el envío de pensionados o con profesores que impartieron cátedra en diferentes países, sobre todo en América, tuvieron los efectos buscados por los arquitectos de la JAE. Mientras algunos

de los protagonistas se mostraban entusiastas con el avance de la cultura española en el extranjero, otros se esforzaban por proyectar una imagen diferente de España, y otros apostaban por la renovación pedagógica y científica como una de las vías principales para regenerar el tejido social y moral. Obra de muy pocos, la España adormecida salía del aislamiento y en un tiempo breve encontraba nuevos cauces en sus relaciones con otros países. Sin embargo, la trascendencia de este esfuerzo fue más allá, ya que sirvió para establecer redes que actuaron de plataforma para la llegada y acogida de los antiguos profesores y pensionados a partir de 1936, ahora como exiliados.

Las redes tejidas en los años anteriores al estallido de la Guerra Civil española, entre académicos españoles y americanos, facilitaron la continuidad de algunos proyectos; en algunos casos eran proyectos que se habían iniciado años antes y que fueron transformados ante las nuevas circunstancias. Aunque no fue un camino fácil, estos proyectos y redes ayudaron al asentamiento y recuperación de la cotidianidad de muchos intelectuales y científicos que retomaron sus trabajos en universidades y centros de investigación de América Latina y Estados Unidos. En territorio americano algunos de estos intelectuales, artistas y científicos, hombres y mujeres, fueron restableciendo lentamente las redes de la cultura y de la ciencia españolas —entendiendo ésta como parte de la cultura—.

Con este trasvase cultural se cumplía uno de los objetivos de Federico de Onís, salvar la continuidad de la cultura española en América. En el exilio se trasplantaron, en algunos casos, modelos de organización científica que ya existían en España, y en él se vincularon grupos de trabajo que, a pesar de estar en distintos países, lograron formar redes, perpetuando escuelas, métodos y proyectos de investigación que habían iniciado en España. Aunque no fue mayoritario, sí convendría estudiar en cada país las redes culturales que antes de la guerra existían, y cómo éstas pudieron servir de puente, de trampolín para la llegada e incorporación al mundo laboral de los refugiados hispanos.

Si en un primero momento el exilio supuso un trasvase cultural de España a América, también supuso para algunas disciplinas una etapa de crecimiento y esplendor. Como dice Juan Marichal, el exilio representó para el ensayo hispánico una de sus grandes épocas. No sólo por su evolución y desarrollo interno, sino también por el enriquecimiento que produjo el contacto con los escritores y realidades latinoamericanas. Los combates por la lengua que recoge *El defensor* de Pedro Salinas es un producto directo de esta interacción, como lo es también la revista *Cuadernos americanos*, empresa cultural proyectada por León Felipe y Juan Larrea, los mismos que mantuvieron *España Peregrina* y que a diferencia de ésta, ya era americanista. El exilio produjo,

como hemos dicho, rupturas, soledad y aislamiento, pero también generó una rica cultura compartida entre americanos y españoles. Creó cátedras y fomentó disciplinas en las que el carácter hispano pasó a ser hispanoamericano, y en las que los exiliados comprendieron de una manera diferente la unidad del mundo hispánico como apunta Américo Castro. Junto a la soledad, la melancolía y el lamento compartido por muchos de los escritores exiliados, la España Peregrina de estos intelectuales dejó de ser sólo España para transformarse en puente de unión entre ambos mundos, en una cultura híbrida y compartida que pertenece a todos¹⁹.

¹⁹ ABELLÁN, J.L. (ed.) (1976-78). *El exilio español de 1939*. 6 vols. Madrid. Taurus.
ABELLÁN, J.L. (2007). «España - América Latina (1900-1940): la consolidación de una solidaridad». *Revista de Indias* (Monográfico sobre *La Junta para Ampliación de Estudios y América Latina: memoria, políticas y acción cultural*), núm. 239, pp. 15-32.